

Memorias / Primera Guerra Mundial



Heinz Guderian Achtung-Panzer

Kheper

ACHTUNG-PANZER!

Por

Heinz Guderian

2. Historia de la Segunda Guerra Mundial.

*Título original: Achtung-Panzer! die Entwicklung der Panzerwaffe, ihre Kampftaktik und ihre operativen Möglichkeiten
Heinz Guderian, 1937*

2018 por *Kheper.com.ar*
kheperbook@gmail.com

Todos los derechos reservados. Este libro electrónico o cualquier parte del mismo no pueden ser reproducidos o utilizar en cualquier forma sin el permiso por escrito del autor o editor, excepto para el uso de breves citas en una reseña del libro electrónico.

Índice

Prólogo	5
Introducción	6
1914. ¿Cómo se produjo la guerra de desgaste?	
1. Con lanzas contra ametralladoras	9
2. El camino hacia el sacrificio de la infantería	14
3. Detrás de las alambradas de púa en la guerra de trincheras	17
1915. Con recursos insuficientes	
1. La batalla de artillería	19
2. El combate con gases tóxicos	23
El origen de los tanques	
1. En Inglaterra	26
2. En Francia	30
3. Primeros combates. Errores. Dudas	32
4. La fabricación en masa	46
El nacimiento de una nueva arma	
1. Cambrai	47
2. 1918. El ataque alemán. Soissons y Amiens	60
3. Final de la guerra. Guerra aérea. Guerra blindada. Guerra química. Guerra submarina	84
El Diktat de Versalles	91
El desarrollo durante la posguerra en el extranjero	
1. Desarrollo técnico	93
2. Desarrollo táctico	96
3. Defensa antitanque	107
Las tropas de combate motorizadas de Alemania	
1. El periodo de las imitaciones. La libertad militar	113
2. El reconocimiento blindado y motorizado	115
3. Las secciones antitanque	118
4. La tropa blindada	119
5. Los francotiradores motorizados	123
La vida en la tropa blindada	124
La forma de combate de las tropas blindadas y su colaboración con las demás fuerzas	
1. La forma de combate de las tropas blindadas	129
2. El combate entre blindados en Villers-Bretonneux	135
3. El combate blindado de Niergnies-Géranvillers	136
4. Operaciones conjuntas de los tanques con otras fuerzas	138
Sobre la guerra de los tiempos modernos	
1. La defensa	149
2. El ataque	151
3. Aviones y tanques	153
4. Cuestiones de abastecimiento y carreteras	156
5. Las experiencias más recientes de la guerra	158
Bibliografía	161
Epílogo	162
Notas	164

PRÓLOGO

Los principios de la batalla son los mismos para todas las armas.

Sin embargo, su utilización depende en gran medida de los recursos técnicos de lucha disponibles.

Las opiniones existentes sobre el uso y la aplicación de los tanques de combate son aún muy divergentes, y ello no es de extrañar si tenemos en cuenta —aunque esto sólo se justifique parcialmente— la actitud de conservación de todos los ejércitos. Las experiencias procedentes de la Guerra Mundial indican la reducción masiva de los tanques de combate en lugares decisivos. Esto concuerda también con el principio de la formación de focos de especialización, pero para muchos estas experiencias aún no son suficientes, sobre todo si consideramos que hasta el momento se han visto considerablemente reforzados los medios de defensa, tanto en número como en efectividad.

Lo que sí está claro es que todo tipo de arma de batalla —e incluimos también el carro de combate— debe ser aprovechado hasta agotar los límites de todas sus posibilidades. Ello implica no delimitar sus aptitudes por consideración de lo viejo que tenemos. Es más, la nueva arma debe ser innovadora. Y en este sentido, debemos seguir desarrollando lo antiguo según las posibilidades de las que dispongamos, y si fuera necesario habrá que modificarlo.

En este contexto, espero que el presente libro contribuya a aclarar los distintos pareceres.

Comandante general de las tropas blindadas Lutz

INTRODUCCIÓN

Vivimos inmersos en un mundo dominado por el eco de las armas. Rearme por doquier; y pobre del país que no pueda o no esté en condiciones de fiarse de su propia fuerza. En cambio, qué afortunados aquellos pueblos dotados por el destino de fronteras que, por naturaleza, son fuertes al disponer de cordilleras inaccesibles o por estar completa o parcialmente protegidos de las invasiones enemigas gracias a sus inmensos mares. Y cuán insegura es, por otro lado, la vida de los pueblos cuyo reducido espacio vital tiene fronteras abiertas y está rodeado de vecinos de carácter inquieto, lo cual, unido a un considerable armamento, ya de por sí suponen una amenaza constante. Mientras que los unos disponen de grandes yacimientos o colonias y disfrutan, por consiguiente, de una cierta independencia económica tanto en periodos de guerra como de paz, otros pueblos, con no menos vitalidad y con frecuencia de mayores extensiones, sólo disponen de una escasa base de recursos naturales y de ninguna o sólo de pequeñas colonias. Estos últimos se encuentran por ello constantemente en dificultades económicas y no están en condiciones de superar una larga guerra.

Es evidente que lo insostenible de las complicaciones bélicas de larga duración, con el inevitable empobrecimiento económico de aquellos pueblos que por su evolución histórica y por la falta de condescendencia de las naciones que viven en abundancia, nos lleve inexorablemente a la reflexión de cuáles son los medios más apropiados para que un conflicto armado pueda tener un final aceptable. La hambruna que dio paso a la Guerra Mundial y la cruel prolongación del bloqueo tras el armisticio para las potencias medianas aún las tenemos demasiado presentes como para no considerarnos partícipes de esta cuestión.

Sabemos sobradamente que —a pesar de los posibles errores de mando cometidos tanto en el ámbito político como en el militar— la fuerza de ataque de nuestro ejército en el año 1914 no fue suficiente para conseguir rápidamente la paz. Esto significa que tanto en el armamento como en el equipamiento y en la organización no fuimos capaces de ofrecer a la potencia enemiga, superior en cuanto a cantidad, un contrapeso en lo que a los recursos se refiere. Creíamos tener un contrapeso moral superior al de nuestros enemigos, y probablemente teníamos razón en este aspecto. Pero sólo este contrapeso no fue suficiente para ganar la guerra. De ahí que en el futuro sea recomendable tener en cuenta no sólo el estado moral y psíquico del pueblo, que por cierto es de decisiva importancia, sino también el material. Un pueblo que cuenta en la batalla con la supremacía y con varios frentes, no puede descuidar nada que pudiera hacer más llevadera su situación.

Ahora parece comprensible; sólo numerosas afirmaciones en los escritos militares dejan entrever que en muchos círculos se cree que con las armas del ejército de 1914, o a lo sumo con las de 1918, se podría afrontar un nuevo conflicto. Y algunos se creen incluso muy progresistas por presuponer que las armas elaboradas hacia el final de la guerra son armas auxiliares de las antiguas. Sin embargo, dada su estrecha relación con éstas revelan

sus mejores cualidades. No son capaces de desprenderse del recuerdo de la guerra de desgaste y ven en ella la forma de batalla del futuro. Sin embargo, no son capaces de aportar toda, pero absolutamente toda, la voluntad necesaria para que se produzca una decisión inmediata. En particular, los representantes de esta corriente no acaban de aceptar las generosas perspectivas que ofrece el aprovechamiento del motor. «Se trata de la comodidad, por no decir la parsimonia en sí, la que se alza en signo de protesta en cuanto aparecen las innovaciones revolucionarias que a su vez exigen esfuerzos mentales, físicos y de voluntad propia[1]». En consecuencia se niega simplemente que las armas motorizadas y mecanizadas sean revolucionarias o innovadoras, y se afirma simplemente que tuvieron ya una ocasión «única» de tener éxito en 1918, que además lo mejor sería saltarnos su época, que debemos conformarnos con la defensa, así como otras muchas frases y dichos similares y cómodos cuya finalidad es la de un rechazo rotundo. Pero las cosas son muy distintas. «Sólo hay algo seguro: la sustitución de la fuerza animal por esta nueva máquina genera uno de los cambios técnicos, y con ello también económicos, más notables que el mundo haya presenciado jamás. Y yo personalmente creo que nos encontramos al principio de este desarrollo, lo que no significa que sea a la vez su punto más álgido[2].»

Este revolucionario cambio económico debe ir acompañado, como siempre, de un equivalente cambio militar; se trata de que el desarrollo técnico y económico vaya de la mano del militar. Y esto tan sólo es posible si este desarrollo del que estamos hablando se afirma interna y no sólo externamente. Para llegar a la afirmación interna, y por supuesto para poder fomentar el desarrollo, es necesario tener claro cuáles fueron los efectos de las armas en la última guerra, en particular los efectos de aquellas armas y géneros de armas con las que partimos al campo de batalla en 1914, así como de aquéllas a las que tuvimos que hacerles frente en 1918 (desafortunadamente por lo general contra el lado enemigo). Tenemos que elaborar una visión general del desarrollo producido en el extranjero durante el tiempo de nuestra limitación armamentística por el Diktat de Versalles y finalmente intentar sacar conclusiones de los resultados obtenidos para el futuro.

El objetivo de este libro no es el de ofrecer una historia de la evolución técnica del tanque. Para ello sería necesaria una amplia obra escrita por la mano y pluma de un experto. El desarrollo técnico de la joven arma sólo se tocará en la medida en que se considere necesario para comprender los procesos bélicos. La finalidad de esta obra es más bien la de narrar el desarrollo del tanque desde el punto de vista del soldado que la utiliza. Por ello el libro se ocupa principalmente de la táctica de batalla y del resultado operativo que se espera obtener de los éxitos resultantes de la táctica aplicada. Las lecciones tácticas se basan en los acontecimientos de los años 1914-1918 en el frente occidental, por enfrentarse allí los adversarios más potentes, por producirse en este frente la batalla decisiva de la guerra y por encontrarse allí nuestros adversarios más fuertes y haber utilizado nosotros los recursos de batalla más potentes y modernos. Estos medios, que aparecen por primera vez en la guerra, serán a los que tendremos que enfrentarnos mayormente en el futuro. Merecen ser observados detenidamente.

En lo que se refiere a las nuevas armas en particular, la fiabilidad y la transparencia de las fuentes deja aún mucho que desear y dificultan la realización de juicios imparciales. Por ello, sería de desear que los historiadores oficiales se hicieran muy pronto eco de la narración del uso de estas armas, a sabiendas de que han transcurrido ya veinte años desde su primera aparición. Pero hasta que esto ocurra, tendrá que cubrir este vacío la investigación

no oficial, que por naturaleza es complicada y está a veces llena de lagunas.

El objetivo de este libro es el de animar a nuestros viejos y jóvenes soldados a reflexionar, a investigar, pero también a actuar con un objetivo muy claro; además también queremos transmitirles a los jóvenes aptos para el servicio militar una imagen del tanque y enseñarles a manejar los logros técnicos de nuestro tiempo, poniéndolos al servicio de nuestra patria.

1914. ¿CÓMO SE PRODUJO LA GUERRA DE DESGASTE?

1. CON LANZAS CONTRA AMETRALLADORAS

El sol de agosto caía despiadadamente sobre el montañoso altiplano que se extiende desde la orilla noroccidental del río Maas en Lieja hacia el oeste en dirección general a Bruselas. En el periodo entre el 5 y el 8 de agosto las divisiones segunda y cuarta del general Von der Marwitz habían llegado a Lirhé en la frontera belga-holandesa atravesando el río Maas, y el 10 de agosto se habían topado al este y sureste de Tirlemont con el enemigo, al cual se pretendía evitar yendo por el norte. En un principio, ambas divisiones consiguieron alejarse del enemigo, recogiendo y esperando en la región situada en la parte oriental de St. Trond. Los esfuerzos de los primeros días de campaña habían sido considerables y ya desde el 6 de agosto la falta de provisiones de avena se había hecho notar de forma sensible. Los resultados de las primeras batallas de inspección habían puesto de manifiesto que las tropas belgas se habían retirado de Lieja a Tirlemont y que el ejército belga no se expondría a una batalla en la línea de Lovaina-Namur. Detrás de la línea del Gette correspondiente a Diest-Tirlemont-Jodvigne se había detectado una gran actividad así como trabajos de atrincheramiento.

El mismo río Gette constituye por debajo de Tirlemont un obstáculo que se ve potenciado por las pantanosas praderas y un sinnúmero de canales de regadío; al norte de Haelen este río desemboca en el Demer, que fluye por el este atravesando Hasselt. Por debajo de esta localidad el río tiene dos metros de profundidad y unos diez de ancho. Los árboles y setos alineados a lo largo de ambas orillas dificultan la visión del panorama, y los terrenos cultivados y los campos se encuentran frecuentemente cercados por vallas de alambre. Al norte del Demer, un canal de diez metros de ancho y dos de profundidad fluye de Hasselt a Turnhout, casi en dirección septentrional, mientras que de este a oeste fluye el Nethe hacia el Escalda y el gran puerto fortificado de Amberes.

En general, y a lo largo de todo el trayecto, ya el terreno y sus características físicas le habían supuesto a la caballería notables dificultades, que se habían tornado insoportables en cuanto se intentó avanzar a caballo fuera de los senderos señalados.

El 12 de agosto, el general Von der Marwitz quiso acortar el tramo ocupado del río Gette en dirección a Diest. Para ello desplegó la 2ª División del Ejército atravesando Hasselt y la 4ª División, que se había reforzado con el 9.º Batallón de Caza y la compañía de ciclistas del 7.º Batallón de Caza, a través de Alten-Stevoort, inspeccionando la línea Hechtel-Beerigen-Diest-Tirlemont y saliendo en avanzadilla. La 18ª Brigada de Caballería de la 4ª División del Ejército permaneció protegiendo el flanco izquierdo en St. Trond mientras que una escuadra de inspección permanecía situada al suroeste en las proximidades de Landen.

La 2ª División confiscó armas en Hasselt, y tras un descanso al mediodía, se puso en marcha hacia Stevoort por el camino de Haelen. Allí había llegado ya la 4ª División del Ejército, de modo que ambas divisiones se encontraban poco distantes una de la otra y bastante próximas al frente enemigo. Durante la marcha, el general Von der Marwitz dio orden a la 4ª División de abrir el paso del río Gette en Haelen, y a la 2ª División le ordenó

acercarse a Herk-la-Ville y asegurar el flanco norte contra Lummen. Al avisar las patrullas que el paso de Haelen estaba ocupado, el general Von Garnier colocó a su artillería al oeste de Herk-la-Ville, dispuso el 9.º Batallón de Caza a ambos lados del camino hacia Haelen y dio orden a la 3ª Brigada de Caballería de defender esta localidad por el sur. Hacia las 13.00 horas los cazas se hicieron con el paso del puente del río Gette e irrumpieron hasta la orilla occidental de la localidad de Haelen. Se inició entonces fuego enemigo de artillería, se originaron los primeros incendios y la calle principal del pueblo comenzó a arder, produciéndose las primeras pérdidas. Era evidente que los altos situados al oeste de Haelen habían sido ocupados por el enemigo.

Entre tanto, la 3ª Brigada de Caballería —compuesta por el 2.º Regimiento Kürassier y el 9.º Regimiento de Ulanos— había construido en las cercanías de Donck, al sur de Haelen, con la ayuda de un carro tiendepuentes, un puente sobre el río Gette y se encontraba a punto de atravesar el río. La 17ª Brigada de Caballería —el 17.º y 18.º Regimiento de Dragones— se adelantó por el este hasta la proximidad de Haelen y el 4.º/18.º Regimiento de Dragones fueron enviados como escuadra de inspección contra los tiradores que se habían ubicado en el terraplén Haelen-Diest y la artillería enemiga descubierta en Houthem.

La propia artillería, que hasta el momento había apoyado eficazmente el ataque a Haelen, recibió orden de cambiar de posición para sucesivas maniobras; pero su nueva posición de ataque, muy próxima al oeste de Haelen, primero tenía que ser conquistada. Ésta fue la misión que obtuvo el 4.º Escuadrón de Inspección / 18.º Dragones que sucedía inmediatamente al 17.º Regimiento de Dragones. Y a partir de ese momento, los acontecimientos se produjeron con un impacto dramático:

Sin dudar, el 4.º / 18.º Regimiento de Dragones cabalgó en caravana en grupos de cuatro atravesando Haelen hacia el oeste para llevar a cabo su misión de inspección. En la misma formación le seguía el 17.º Regimiento de Dragones, pero una vez atravesada la localidad éstos emprendieron camino hacia Diest en dirección noroccidental. Los dos primeros escuadrones con el mando del regimiento siguieron en caravana de cuatro en cuatro en la carretera, ya que los setos y verjas no permitían el avance militar. El escuadrón que seguía en tercera posición dio por el lado occidental de la carretera con vallas de alambre y con un terreno difícil. Una inmensa nube de polvo marcaba el camino de los jinetes. Todo el fuego, así como las metralletas y baterías de los tiradores belgas, se concentraron en los escuadrones que galopaban en caravanas cerradas en su salida de Haelen. El efecto fue desastroso. Los escombros llegaron hasta el lado occidental de Haelen, en parte incluso hasta el sur de la localidad. Algunos dragones que habían perdido su caballo siguieron luchando a pie en las filas de los cazadores.

Mientras tanto, la artillería había conseguido tomar posición al oeste de Haelen y abrir fuego contra las baterías enemigas en Houthem. El debilitamiento de los efectos de la artillería enemiga que se conseguía de esta forma debía ser aprovechado por el 18.º Regimiento de Dragones para salir también de Haelen en dirección suroccidental hacia Velpen cabalgando hacia los altos. Este procedimiento se llevaría a cabo abriendo fuego con fusiles y ametralladoras desde la caravana en grupos de dos. Con el estandarte ondeando, dos escuadrones en la primera parte, uno superpuesto en el lado izquierdo de la cola de la segunda unidad táctica, cabalgaron por encima de las primeras filas enemigas de tiradores. Pero después fracasó el ataque en setos y vallas de alambre por el violento fuego de defensa, produciéndose graves pérdidas.

Mientras ocurrían estos acontecimientos se fraguó el destino de la 3ª Brigada de Caballería. En Donck, donde había conseguido atravesar el río Gette, obtuvo orden de eliminar a la artillería enemiga. Inmediatamente, el regimiento estrella de Kürassier emprendió galope con tres escuadrones de las primeras filas por Velpen, pero el ataque fracasó con graves pérdidas. Con el último escuadrón, que había quedado ileso, y lo que quedaba de los otros, se renovó la brigada bajo el mando del comandante del regimiento, pero fue en vano. También este heroico tercer esfuerzo del valiente regimiento fue infructuoso.

Junto a los Kürassier, en el flanco derecho, atacó el 9.º Regimiento de Ulanos, con dos escuadrones en la primera y dos en la segunda agrupación en dirección hacia Tuilleries-Ferme. Tras el derrumbe de la primera agrupación, atacó el segundo a caballo, pero tuvo la misma suerte. Al finalizar los ataques, continuaron los cazadores, que habían sido apoyados a pie por los tiradores de la brigada de *Leibhusaren*, el ataque en dirección a Houthem y ocuparon en el norte Liebroek y Velpen en el sur.

El primer gran intento de la guerra de enfrentarse a caballo con armas blancas a las modernas armas de fuego había fracasado.

¿Quién era el enemigo?

Desde las 5.00 horas del 10 de agosto, la división de caballería belga se encontraba en el tramo Budingen-Diest del río Gette con orden de cortar el paso y además de aclarar el tramo comprendido entre Tongern-Bilsen-Beerigen-Quaedmechelen. Las localidades de Budingen, Geet-Betz y Haelen fueron preparadas para la defensa, y los puentes del río Gette se destruyeron a excepción de los pasos de Haelen y Zelck, que fueron preparados para su destrucción. Las patrullas de caballería enemigas habían sido rechazadas. En la mañana del 12 de agosto se detectó la fuerte afluencia de caballería alemana hacia Hasselt. A raíz de la petición de refuerzo dirigida a los altos mandos del ejército belga, el día del ataque a las 8.15 horas se puso a disposición de la división de caballería la 4ª Brigada de Infantería en dirección a Cortenaeken; tras una marcha apresurada de 21 kilómetros sin descanso y bajo un calor sofocante, ésta llegó a las 16.00 horas al campo de batalla; estaba compuesta por cuatro débiles batallones y una batería. Primero llegó la batería, que tomó posición en Lorbergen y acometió la lucha contra las baterías alemanas.

Hacia las 16.00 horas la mayoría de las reservas ya estaban dispuestas para realizar la batalla a pie. Tras la llegada de la 4ª Brigada de Infantería, el comandante de la división belga, general De Witte, decidió contraatacar a ambos lados del río Velpe, en dirección Haelen. El ataque fracasó en Velpen en medio del fuego de los cazadores alemanes, sus metralletas, los «Leibhusaren» y la artillería utilizada.

Hacia las 18.30 horas de la tarde, el general Von der Marwitz suspendió la batalla y reunió a su ejército al este del río Gette.

Las pérdidas de los regimientos alemanes que participaron en los ataques fueron las siguientes: 24 oficiales, 468 hombres, 843 caballos. A su vez, las pérdidas belgas fueron: 10 oficiales, 117 hombres, 100 caballos.

La batalla de Haelen es singular por la presencia de la caballería relativamente numerosa que participó, si bien no de forma simultánea, en los ataques a caballo contra tiradores y artillería en una defensa desprotegida. Los ataques llevados a cabo contra armas de fuego en otros frentes, como por ejemplo el de la brigada de ulanos bávaros en Lagarde el 11 de

agosto de 1914 y el del 13.º Regimiento de Dragones en Borzymie el 12 de noviembre de 1914, arrojan en principio los mismos resultados; de ahí que el primer ejemplo valga para los demás.

Hoy nos preguntamos por qué el general Von der Marwitz descartó la orden inicial de adelantarse por el norte del río Demer acercándose a la línea Amberes-Bruselas-Charleroi para detectar las fuerzas belgas, inglesas o francesas que se encontraban en Bélgica, una vez que había sido reconocida previamente la presencia de los belgas detrás del río Gette al sur de Diest. De haberlo hecho así, habría conseguido detectar sin problemas el flanco septentrional belga, poner en marcha la inspección ordenada en la línea Amberes-Bruselas, y hacer efectiva la defensa contra el flanco enemigo, bien sea abarcando el río Demer en colaboración con el cuerpo del primer ejército, o bien impidiendo la retirada de los belgas a Amberes cerrando los pasos de los ríos Demer y Dyle. Pero además también nos preguntamos por qué una vez que se tomó la resolución de realizar el ataque de Haelen a través del Gette, éste no se realizó con un frente más amplio y llevándose a cabo en consonancia y a un tiempo con el cuerpo de caballería: empezando con la batalla a pie para, una vez conquistada una cabecera de puente lo suficientemente amplia y haber descompuesto la resistencia enemiga, haber podido beneficiarse de la rapidez de los caballos en la persecución del enemigo atemorizado.

Obtendremos respuesta a estas preguntas si analizamos el estado anímico en el que había sido formada, equipada e instruida la caballería alemana —y no sólo la alemana— antes de la última guerra. Es particularmente ilustrativo el reglamento anterior a la guerra, del año 1909, cuya introducción a las reglas de batalla comienza con la frase: «La batalla a caballo es la principal forma de lucha de la caballería». A pesar de las lecciones de guerra obtenidas a lo largo de siglo y medio, los autores del reglamento seguían aferrados no sólo al espíritu, sino en gran medida a las formas de batalla a caballo marcadas por Seydlitz y creían poder pasar por alto los cambios que se habían ido produciendo hasta el momento y que exigían de manera imperiosa la aplicación de las últimas innovaciones técnicas. El equipamiento y el armamento se correspondían con el ideal de las grandes batallas de la caballería, la formación se decantaba por la equitación de escuela, la ejercitación en grupo y los ataques a caballo.

Lo que las tropas y los mandos habían asumido en carne y hueso se aplicaba de manera instintiva en los primeros campos de batalla de la guerra. La noticia de enfrentarse cara a cara con la caballería belga en Haelen podía hacer pensar que el adversario iba a hacerle frente a una batalla a caballo; pero inconscientemente podría llevar a infravalorar la resistencia y la eficacia del armamento de la infantería. El fracaso que se produjo con numerosas pérdidas, tanto aquí como en otros lugares, debilitaría irremediablemente la confianza de las tropas en los mandos, mientras que el adversario adquiriría una fuerza inmerecida.

Ya entonces, y hoy todavía con mayor razón, tiene validez la frase procedente de la narración del campo de batalla de Schlieffen del año 1909: «*No se divisa ningún jinete. La caballería ha de buscar su campo de acción fuera de sus otras dos armas*». Los fusiles de retrocarga y las ametralladoras desplazan despiadadamente al jinete del campo de batalla.

En cuanto a la inspección operativa a realizar por la caballería del ejército, el Reichsarchivwerk confirma: «*Ya inmediatamente después de comenzar la guerra se comprobó en todo el frente del ejército que las expectativas puestas en la inspección estratégica en el gran cuerpo de caballería durante el periodo de paz habían sido demasiado altas. Aunque en general*

habían logrado detectar las líneas de seguridad enemigas, no habían podido atravesarlas en ninguna parte para conocer los procesos que se estaban fraguando detrás del frente enemigo[3]». La sobrevaloración de los rendimientos de la caballería en cuanto a inspección operativa, unida a la infravaloración de la nueva herramienta de inspección constituida por los aviones, fueron los principales motivos para que en el año 1914 el mando superior del ejército renunciara al uso inmediato de esta joven arma que ya entonces abarcaba más de 400 kilómetros a la redonda y la traspasara al comando superior y al cuerpo del ejército. A raíz de ello sólo obtuvo una imagen incompleta de la preparación del avance enemigo[4].

2. EL CAMINO HACIA EL SACRIFICIO DE LA INFANTERÍA

Dos meses después, cuando ya las hojas de los árboles empezaban a caerse en el otoño de 1914, bajó la impresionante marea con la que el mejor ejército del mundo había inundado la región desde el Marne hasta el sur del país enemigo. Las medidas tomadas por el mando superior, las considerables pérdidas y las dificultades de abastecimiento habían producido un desequilibrio de fuerzas en el amplio frente ubicado entre la frontera septentrional francesa en Lille y las montañas suizas. En octubre, un nuevo y duro golpe con fuerzas renovadas prevendría del anquilosamiento en el flanco derecho, el más extremo de Flandes, afianzando una victoria cada vez más lejana.

A la llamada de movilización habían acudido voluntariamente cientos de miles de personas a jurar banderas: jóvenes entusiasmados y hombres mayores dispuestos a hacer cualquier sacrificio por Alemania. Ahora —tras una formación elemental de menos de seis semanas— acudían, alistados en los recién creados cuerpos del ejército y en las distintas divisiones, a los diferentes escenarios de guerra. Los cuerpos de reservistas XXII, XXIII, XXVI y XXVII formaban, junto con el cuerpo de reservistas III, que volvía de Amberes y ya se había estrenado en la guerra, la 4ª División de reservistas, así como la artillería, que para aquel entonces se consideraba relativamente potente, el 4.º Ejército que el 17 de octubre iniciaría su marcha partiendo de la línea de Brujas, al este de Courtrai, hacia la línea de Yser Nieuport-Ypres. Nunca los soldados alemanes partieron con mayor entusiasmo, con mayor ímpetu contra el enemigo, que estos jóvenes alistados.

El 19 de octubre se produjo en todo el frente del ejército contacto con el adversario, el 20 se desarrolló la batalla en Flandes, la primera batalla de Ypres. No sólo atacó el 4.º Ejército situado al norte del camino Menin-Ypres: al mismo tiempo avanzarían por el sur el ala derecha del cuerpo del 6.º Ejército (regimientos de Húsares 4.º y I, XIX, XIII, VII y 1/2 XIV Regimiento de Ulanos, detrás del 2.º Regimiento de Húsares) hacia el occidente para facilitarles el paso a los jóvenes cuerpos.

El terreno de batalla se caracterizaba por el curso del río Yser, desde su desembocadura en Nieuport pasando por Dixmude hasta Noordschote, y por el canal del Yser que atraviesa Steenstraate-Boesinghe-Ypres-Hollebeke-Comines. Al norte de Dixmude, y desde allí hasta el litoral, se extiende a ambos lados del río Yser un terreno pantanoso profundo, en parte situado por debajo del nivel del mar, y atravesado por numerosos surcos y canales. Un sistema de esclusas, cuyo punto neurálgico es Nieuport, permite la regulación del nivel

de aguas; si fuera necesario, incluso la inundación desde el mar. Desde el Kemmelberg, una montaña de 156 metros de altura situada al sur de Ypres, parte una corona de altos formando un arco plano atravesando Wyttschaete-Hollebeke-Gheluvelt-Zonnebeke-Westroosebeke en dirección a Dixmude; éste es de suma importancia para la observación de la artillería en un país mayoritariamente plano, pero la visibilidad que ofrecía se veía notablemente restringida por las numerosas granjas, setos, bosques y localidades de la zona. Los mandos de la batalla, sobre todo los de las jóvenes tropas, se vieron muy afectados por las complejas peculiaridades del terreno.

Los jóvenes soldados se dirigieron el 20 de octubre, entonando al mismo tiempo el himno alemán, a atacar Dixmude, Houthulst, Poelkappelle, Passchendaele y Becelaere. Las pérdidas fueron graves, los resultados satisfactorios.

En la noche del 21 llegó la orden de continuar con el ataque atravesando el Yser. En el camino hacia allí se encontraba Langemark, también el cruce de Broodfeinde. Los jóvenes soldados se dispusieron nuevamente a atacar, una vez que la artillería ya había actuado con su presunto efecto devastador. Los reservistas empujaban hacia delante, rellenando las filas cada vez más despejadas, aumentando las pérdidas. Sólo en algunas zonas se consiguió penetrar en posiciones enemigas. Tampoco el ahínco de los oficiales pudo rebajar el efecto de las armas enemigas; el número de víctimas aumentó de forma infinita, en cambio desapareció la fuerza de ataque. No pudo cumplirse el objetivo de adueñarse de Langemark el día 22. Sin embargo, los contraataques enemigos demostraron que la voluntad de lucha del defensor no se había quebrado. Entretanto se consiguió el ataque por la parte noroccidental hasta llegar al lado oriental de Bixschote, más al norte y delante de las puertas de Dixmude. El 23 de octubre estuvo marcado por diferentes batallas, de las cuales ninguna significó victoria alguna pero sí terribles y cruentos sacrificios. Había que enterrarse en profundidad y para ello se necesitaban herramientas de atrincheramiento. «En la tarde del 23 de octubre había finalizado el primer ataque del nuevo cuerpo en el canal del Yser tras cuatro días de batalla[5].»

A pesar de la considerable ayuda aportada por la artillería pesada, la fuerza de ataque de la infantería no había bastado para vencer a un enemigo que, al menos en un principio, había sido relativamente débil. Ni el mayor espíritu de sacrificio, ni el más ferviente entusiasmo ni las órdenes más firmes pudieron contribuir a hacerlo realidad. En estas circunstancias se suele objetar que precisamente en este decisivo tramo del frente supuso un error enviar a los cuerpos de reserva más jóvenes e inexpertos al mando de comandos en parte notablemente envejecidos y con un equipamiento incompleto. Por ello, el ejemplo de la primera batalla de Ypres no es el más adecuado para demostrar la insuficiente fuerza de ataque de la infantería, aun tratándose de un adversario inferior en número. Esta objeción tiene una cierta razón de ser en la medida en que las tropas expertas probablemente hubiesen logrado los mismos resultados con un número inferior de pérdidas. Lo que sí es incierto es si lo hubiesen conseguido con más, o si hubiesen logrado incluso una victoria. Y es que no eran exclusivamente estos jóvenes reclutas los que por aquellos lluviosos días de octubre se enfrentaban al último gran ataque del año 1914 en el frente occidental alemán. A su derecha luchaba el excelente III Cuerpo de Reserva, a su izquierda las divisiones del 6.º Ejército, que repetidamente habían puesto a prueba sus cualidades de batalla. Sus resultados no eran mejores que los de las formaciones nuevas y su enemigo no era ni mayor ni más resistente o fuerte.

Una vez que se había agotado gran parte de la escasa munición de artillería disponible, el 24 de octubre ya sólo se produjeron ataques aislados hasta que éstos se ahogaron literalmente en las lluvias. Dos intentos más para ahuyentar el amenazante fantasma del atrofio sacando del frente a brigadas y divisiones del núcleo de las tropas fracasaron en sangrientas batallas. Entre el 30 de octubre y el 3 de noviembre, el XV y II Regimiento bávaro y el XIII Regimiento de Ulanos formaron la tropa de ataque Fabeck. Se dispusieron cinco divisiones en un frente de ataque de 10 kilómetros de ancho. El resultado fue, una vez más, una amarga decepción que no logró cambiar tampoco la introducción paulatina de la 6ª División bávara, la 3ª División pomerana y partes de la caballería. Finalmente, entre el 10 y el 18 de noviembre, lucharon tropas expertas en torno al arco de Ypres. La 9ª División de Reserva del 4.º Ejército se dispuso en el III cuerpo de reservas: la 4ª División de Infantería y la división de la guardia Winkler se transfirieron al 6.º Ejército formando junto al XV Regimiento de Ulanos, que luchaba en la línea Menin-Ypres, el nuevo grupo de ataque Linsingen.

Aunque el 10 de noviembre los jóvenes reclutas consiguieron conquistar Dixmude y obtuvieron ciertos avances en Drie Grachten y Het Sas, los III Cuerpos de Reserva que se encontraban más al este, y en particular la 9ª División de Reserva, que había sido constituida apresuradamente, no tuvieron la misma suerte. En particular las pérdidas de estos últimos fueron considerablemente graves. El 11 de noviembre, la guardia y la 4ª División de Infantería atacaron a ambos lados de la línea Menin-Ypres con poco éxito. También aquí hubo considerables pérdidas. Al día siguiente ya no se consiguió ningún logro digno de mención; ambos ejércitos consideraban que la condición para llevar a cabo más ataques era la llegada de fuerzas renovadas.

En consecuencia, el mando superior del ejército ordenó que el 7.º Ejército cediera al 6.º una División de Infantería, el 3º Ejército al 4.º una División de Infantería, y el departamento del ejército Strantz cediera también una brigada de infantería; ambas divisiones sólo pudieron cederse con su infantería, es decir, sin artillería. Al mismo tiempo, el comando tuvo que restringir considerablemente el uso de munición de la ya de por sí pesada artillería. Con ello, ya de antemano el ataque preparado carecía de toda fuerza. La munición hubiese sido más importante que la infantería. Por estas circunstancias, el 4.º Ejército renunció a realizar más ataques. En el caso del 6.º Ejército tuvo primero que fracasar un ataque del grupo Linsingen antes de tomar la dura decisión de pasar a la guerra de desgaste. «El 18 de noviembre se encontraban entre el mar y el Douve 27 ½ divisiones de infantería y una división de caballería alemanas frente a 22 divisiones de infantería y 10 divisiones de caballería del enemigo[6].»

Las graves pérdidas alemanas que se produjeron del 10 al 18 de noviembre ascendieron en la región de los ataques a 23 500 hombres. De mitad de octubre a principios de noviembre el 4.º Ejército contabilizó 39.000 muertos y heridos y 13.000 desaparecidos; el 6.º Ejército tuvo 27.000 muertos y heridos y 1.000 desaparecidos; en total, ambos ejércitos perdieron 80.000 hombres[7]. Con ello, la batalla de Ypres les costó a los alemanes

100.000 hombres, entre ellos muchos en la flor de su juventud, y una gran parte de sus mandos de reserva.

En el lado enemigo se perdieron:

los franceses[8] 41.330 hombres, entre ellos 9.230 desaparecidos

los ingleses 54.000 hombres, entre ellos 17.000 desaparecidos

los belgas 15.000 hombres.

Desde agosto hasta noviembre de 1914 perdieron

los alemanes 677.440 hombres

los franceses 854.000 hombres

los ingleses 84.575 hombres

3. DETRÁS DE LAS ALAMBRADAS DE PÚA EN LA GUERRA DE TRINCHERAS

En todo el frente occidental se produjo a partir de noviembre de 1914 un parálisis absoluto de todas las actividades. Este estado de anquilosamiento había comenzado en la cadena montañosa de los Vosgos y se había extendido hasta la costa, en cuya proximidad se habían desarrollado las batallas de los meses de octubre y noviembre y donde se desfogaba toda la fuerza de ataque, procedente de batallas anteriores, de ambas partes.

Esta energía se manifestaba en los alemanes en la demostración de la nueva infantería — los jóvenes reservas del 4.º Ejército, los batallones procedentes de otros frentes, divisiones y brigadas de infantería—, que en un principio estuvo dotada de un número suficiente de cañones, pero ya desde que comenzaron las luchas disponían sólo de una cantidad limitada de munición. Por ello, el foco principal de los ataques alemanes debía centrarse en la potencia de los bayoneteros. En el lado contrario no fue posible establecer un grupo de soldados similar en número; muy pronto, tanto franceses como ingleses y belgas tuvieron que pasar a la defensiva. Pero en esta forma de batalla las ametralladoras y los cañones pudieron hacer frente al ataque con armas superiores: así como en agosto habían fracasado los ataques de los jinetes con lanzas, también en octubre y noviembre fracasó el ataque de los bayoneteros en una granizada compuesta por los proyectiles de las armas de fuego modernas. Por suerte, también en el lado enemigo se produjo la falta de munición, ya que de no haber sido así, la descompensación de fuerzas por el número de hombres (que de hecho hacia mediados de noviembre tuvieron que partir al este) hubiese tenido consecuencias aún más negativas para los alemanes.

La pérdida en ambos lados de la infantería, en la flor de la vida, la falta de munición, el acercamiento del frente a la frontera suiza y al mar, con la consecuente imposibilidad de rodearlos y de realizar una guerra ágil, desembocaron en el uso de la pala y la construcción de obstáculos. Ambas partes albergaban la esperanza de que la incipiente guerra de desgaste fuese sólo una situación pasajera. Ninguna de las partes tomaba la decisión de desplazar su frente a un terreno que ofreciera unas condiciones más favorables para su defensa sostenible. Ambos adversarios temían que la renuncia a un suelo por el que se había luchado con tanto esfuerzo pudiera ser interpretado como el reconocimiento del fracaso.

De esta manera, el frente se paralizó en el terreno de lucha de las últimas batallas. Se requerían considerables trabajos, así como equipos fuertes, y la situación exigía luchas continuas por posicionamientos de importancia local muy limitada. En ambas partes se produjo en un principio un sistema de defensa basado en la construcción de zanjas, destinadas a los soldados pertenecientes a las primeras tropas del frente y a sus reservas, las cuales, al mismo tiempo, incluían canales de conexión para la realización de los relevos y

el abastecimiento de los soldados. Estas posiciones estaban protegidas por obstáculos de alambre de una densidad y profundidad que iban en aumento. Apenas se recurrió a las posiciones posteriores. La artillería se utilizó de manera que pudiera combatir las posiciones de la infantería y la batería enemigas, es decir, en las primeras posiciones y en agrupaciones de poca profundidad. En un principio tampoco se dispuso una defensa adicional para la artillería.

El principal objetivo de ambas partes consistió en un principio en la mejora del armamento y del equipamiento. Aumentó en particular el número de ametralladoras, que duraría hasta finalizar la guerra y que convertiría a este tipo de arma, auxiliar en su origen, en el arma principal de la infantería y después incluso de los aviadores. Además, aumentó considerablemente la artillería, dotándose de una cantidad de munición de dimensiones desconocidas hasta el momento. Se utilizaron todo tipo de cañones disponibles, incluso los de cierta antigüedad. Además, los veteranos cobraron nuevamente importancia; se usaron minas y se repartieron granadas de mano. La construcción de galerías, las voladuras e inundaciones que se llevaron a cabo, así como los obstáculos de todo tipo, le conferían a los posicionamientos un carácter cada vez más parecido al de una fortaleza.

A la larga, los alemanes padecieron más que sus adversarios las consecuencias de unas posiciones que no reunían buenas condiciones para su defensa. La permanente concentración de las fuerzas más potentes en primera línea hacía disminuir el número de las reservas disponibles, dificultaba su formación, acortando los periodos de descanso y debilitando sobre todo a las fuerzas de ataque de otros frentes de la guerra, lo que contribuía a posponer allí cualquier decisión.

En cuanto al adversario, pronto se produjeron condiciones más favorables, ya que se decidió no enviar contingentes fuertes a los frentes de menor relevancia (Gallípoli) y concentrar todas las reservas disponibles en Francia (hombres, equipos y munición). Con ello no pretendemos afirmar que esta decisión fuese la correcta desde el punto de vista operativo. Ambas partes tenían muy claro que sólo la utilización de recursos extraordinarios podría garantizar un éxito en la batalla del frente occidental: y ambas pretendían llegar a esta meta por distintos caminos.